

EL TEMPLE JASPEADO

Aunque desde un tiempo a esta parte la técnica de los baños electrolíticos, como la del cromado, se ha impuesto como terminación para las básculas de escopetas de caza, no han desaparecido todavía los vestigios de otra

anterior modalidad que se llama *temple jaspeado* y es una caprichosa combinación de «aguas» o reflejos albinegros sobre el conjunto de la llave y piecería externa, que tenía y tiene su elegancia y... su misterio.

No se sabe a ciencia cierta cómo se inició y quién fue el autor del procedimiento, aunque cabe la posibilidad de que guarde alguna relación con lo que en un tiempo se llamó *acero damasquino*, que no hay que confundirlo con el *acero demasquinado*, porque en aquél no interviene el oro para nada y sí en éste en forma de adornos incrustados. Quizá en este pequeño detalle se encuentre uno de los factores que pudieran iluminar el confusionismo creado al considerarse ambos conceptos como si de uno solo se tratara.

En efecto, existe una alusión muy clara a esa diferencia, cuando en una descripción que se solicitó al destacado artista y armero Eusebio Zuloaga mientras realizaba curiosos experimentos en distintas clases de acero, distinguió con claridad ambas especies: el *damasquinado* como labor de incrustación del oro en el acero para efectos decorativos, y el *damasquino* como cierto acero que ofrecía un aspecto característico, según reflejan estas frases tomadas de su exposición: «Todos los autores que se han ocupado del acero damasquino son del parecer, generalmente, de que este metal es fundido y que se cristaliza por su enfriamiento lento, obteniéndose de este modo bellas labores». «...hemos llegado a aproximarnos, verificando un cómputo de varias calidades de acero, unos que damasquinan y otros no. Después de bien caldeados y preparados por medio de cementaciones repetidas, hemos logrado una bella labor y cierta flexibilidad...». «...cada vez que recibe más cantidad de carbono el acero, el que tiene más afinidad sobresalta extraordinariamente de aquel cuya calidad es diferente, formando claro-oscuros, por cuyo medio se hacen labores de gusto...»¹.

En el relato que sigue se verá que existe cierto paralelismo tanto en el resultado como en los procedimientos térmicos que experimentó Eusebio Zuloaga hace siglo y medio para descubrir los visos claro-oscuros del acero damasquino, es decir, de las espadas originarias de Damasco que ofrecían esa particularidad, distinta a todas luces al método de incrustación del oro que descubrieron él y su hijo Plácido².

Uno de los recuerdos que quedan de aquella nuestra ya lejana infancia es el destino que dábamos a los huesos de ganado vacuno que solíamos recoger por cualquier rincón, incluso los que abandonaban los perros tras extraerles toda su sustancia. Era para llevarlos a uno de los talleres artesanos que había entonces en Errege-etxe (Casa Real), edificio desaparecido en Pla-

1. Véase el texto completo en el CATÁLOGO DE LA REAL ARMERÍA (Aguado, Impresor de Cámara de S. M. y de su Real Casa, Madrid 1849), Glosario, p. 40.

2. EL DAMASQUINADO DE EIBAR (Edición del Patronato del Museo de Eibar, 1981), 120 pp.

cencia hace pocos años. Allí, un señor que nos parecía muy mayor, Atanasio Larrañaga, nos agradecía la entrega con alguna moneda de cobre que inmediatamente paraba en la confitería: cinco caramelos de malvavisco a «perrachica» o cinco céntimos. Aunque sabíamos que nuestras aportaciones eran para alguna «alquimia» que se aplicaba a las escopetas, nuestra despreocupación fue absoluta. Ha sido ahora cuando se ha despertado nuestra curiosidad y así se han anotado los componentes del proceso:

Una vez calcinados los huesos de ganado vacuno o de otras especies se procedía a triturarlos en un mortero hasta reducirlos a un grano bastante fino. Con esta «materia prima» se cubría el fondo de un recipiente de chapa de hierro de unos 3 o más milímetros de espesor, de 50×25 centímetros de base y otros 25 de altura, en el que se colocaban ordenadamente las básculas de escopeta, llenándose los espacios intermedios con las palanquillas, chispas, gatillos y demás picería menuda. Sobre todo este conjunto se vertía una nueva capa de granulado óseo hasta cubrirlo por completo, repitiéndose la operación con más básculas y picería hasta alcanzar cuatro alturas o niveles superpuestos completamente recubiertos de grano y al mismo tiempo separados entre sí. Sobre todo ello se colocaba una capa de arcilla amarilla³, de unos tres dedos de espesor, cuidando de que quedase herméticamente cerrado el contenido del recipiente o caja metálica.

La siguiente operación se iniciaba sobre un fogón bajo, similar a los que existían en los caseríos, pero cerrado por los lados mediante planchas de hierro de forma rectangular, de unos 2 cm. de espesor y con una serie de agujeros en toda su extensión. Colocado el recipiente en el centro del fogón, se encendía un buen fuego con carbón vegetal a su alrededor. Después de tres horas consecutivas bajo la acción del fuego, que ponía al rojo vivo las planchas laterales y la propia urna, dos operarios levantaban ésta mediante grandes tenazas para introducirla de golpe en un depósito o *aska* de agua corriente⁴, en medio del espectacular chirrido que se producía con gran estridencia ante el vapor y el humo densos que se desprendían.

Finalizaba el proceso con la limpieza y desengrasado de todas aquellas piezas para distribuir las en sus correspondientes cajones de madera que cada armero fabricante había llevado.

Pero hay otros factores curiosos en todo este curso. Para que se pudie-

3. Aunque la arcilla o «buztiña» que se empleaba era de color amarillo, se nos informa que también servía la de otro color. Mayor importancia tuvo, al parecer, la cantidad de polvo de carbón vegetal que se añadía al óseo, porque se endurecía o «cementaba» una ligera capa de la superficie de las piezas, aproximándose así a una de las cualidades que ofrece el acero templado.

4. No parece que sea un factor esencial el que el agua empleada fuese corriente o estancada, pero la costumbre hace ley y en este caso se consideraba mejor la primera.

ran distinguir entre sí los diversos juegos de piezas que se sometían a la operación del temple jaspeado, que generalmente pertenecían a fabricantes distintos, este armero «químico-templista» tenía su código secreto para diferenciarlos, porque mediante una pequeña incisión, cuya clave sólo él conocía, realizaba la distribución de las series en sus correspondientes cajas sin incurrir en error.

Al parecer, esta fue la fórmula que se empleó para adornar las básculas de las escopetas con combinaciones de tonalidades claro-oscuro en su superficie previamente pulida y grabada a buril. Aunque se le llamó «temple jaspeado» al resultado de estas operaciones de aspecto rústico pero llenas de ingenio, habrá de tenerse en cuenta que tal temple no es de igual naturaleza que el que se aplica a las herramientas de acero para darles dureza en su «zona de trabajo», a pesar de que el sometimiento a los efectos del fuego y del agua sea casi análogo, porque en este caso, mediante el complemento del granulado de huesos, se perseguía singularmente el efecto decorativo.

Otro detalle anecdótico de los armeros fabricantes, dueños de pequeños talleres artesanos, es el de la costumbre que practicaban para numerar cada conjunto de cañón, báscula y piezas. Muy original, desde luego. No comenzaban con el 1, como parece lo más natural, sino desde dos escalas más bajas. ¿Cómo puede ser eso?, pues sencillamente: sin marca alguna un primer juego; marcado con el 0 el segundo; con el 1 el tercero, y así sucesivamente. Es decir, que para cuando marcaban la cifra 10 ya habían señalado una docena de series. Una manera de ser prácticos y evitar trabajos inútiles. Comenzaban así «bajo cero», igual que sus recursos cuando se establecían o como muchas veces se veían obligados a desenvolverse hasta lograr cobrar el importe de su trabajo.

Actualmente, poco se ve en las escopetas el temple jaspeado. Los procedimientos habrán cambiado en estos años porque nada es absolutamente estático. Por eso sería también deseable la recogida o el registro de unos métodos similares a este que nos ha ocupado. Lamentarse después de la pérdida de estas fórmulas sería inútil.

Junio, 1983.

Ramiro Larrañaga